De Fukuyama a Putin: La Historia Todavía No Termina

Por Enrique Contreras González

La cruenta invasión desencadenada por Rusia contra Ucrania, que ha generado temores respecto de una escalada que pudiera llegar incluso a un enfrentamiento entre Oriente y Occidente, hace recordar de algún modo los acontecimientos que terminaron con la Guerra Fría, suceso que el politólogo estadounidense Francis Fukuyama catalogó como el "fin de la historia".

Si bien hace décadas el propio Fukuyama se desdijo de su polémico aserto, el actual Presidente ruso, Vladimir Putin, con su abierta y decidida disposición a estructurar nuevamente –incluso por las armas– un área de influencia que proteja a Rusia del avance de lo que se conoce como "la idea de Occidente", puso la lápida definitiva a la teoría del fin de la historia.

Francis Fukuyama (n. 1952, Chicago, EE.UU.) es un politólogo graduado en Estudios Clásicos en la Universidad de Cornell y doctorado en Ciencias Políticas en la Universidad de Harvard. Al momento de formular la teoría con que se hizo mundialmente conocido era un anónimo miembro de la Corporación Rand, *think tank* estadounidense formado por académicos y orientado a la formulación de políticas.

Un ensayo de título fácil, "¿El final de la historia?", publicado en 1989 provocó gran debate por su polémica tesis: "la Historia como lucha de

* Periodista, Universidad de Chile, con amplia trayectoria en periodismo escrito y en la creación y dirección de medios comunicación de acuerdo a un marco ético de la información periodística. Ha ejercido actividades académicas en los ámbitos del Periodismo Económico y de la Ética Periodística. Integrante por más de una década de los Tribunales de Ética del Colegio de Periodistas.

ideologías ha terminado". Esa teoría la profundizó luego en el libro *El fin de la historia y el último hombre*, publicado por Free Press en 1992 y traducido a más de veinte idiomas, donde expone que, concluida la Guerra Fría, se impuso final y definitivamente una democracia liberal.

Para entender mejor las ideas de Fukuyama es necesario recordar los principales acontecimientos de fines de los 80 del pasado siglo. Desactivada ya la Guerra Fría, estaba aún en carne viva el intento democratizador de la juventud universitaria china y su trágico resultado de Tiannamen, al igual que la huida de miles de alemanes orientales a Occidente por la ventana abierta a través de Checoslovaquia y Hungría. Poco faltaba para la caída del Muro de Berlín y el consecuente colapso de la RDA, y en muchos países tras la Cortina de Hierro surgían tímidas fuerzas prodemocráticas. En la propia URSS, la Perestroika de Gorbachov hacía presumir que los días del comunismo como fuerza dominante estaban a punto de terminar.

Agotamiento de las ideologías

Escrito como un intento de explicar la coyuntura desde el análisis de las tendencias y las ideas, Fukuyama postuló que tras el colapso y agotamiento de ideologías alternativas, la "idea" de Occidente –liberalismo político y económico– se impuso en el mundo y el sistema democrático y el modelo capitalista eran el fin del proceso.

Era el término de la evolución ideológica y, por tanto, el fin de la historia en términos hegelianos. "Si bien la victoria del liberalismo por ahora solo se ha alcanzado en el ámbito de la conciencia, su futura concreción en el mundo material será ciertamente inevitable", decía Fukuyama al anunciar el "Estado homogéneo universal", resultado final de esa evolución humana que guiaría a los países más avanzados en un proceso indefinido de mundialización-liberalización teniendo al liberalismo como "la ideología del Final de la Historia".

Reconocía sí que la idea del "fin de la historia" no era suya. "Su más grande difusor fue Karl Marx, quien pensaba que la dirección del desarrollo histórico contenía una intencionalidad determinada por la interacción de fuerzas materiales, y culminaría al materializarse la utopía comunista que resolvería todas las anteriores contradicciones". Y recalca luego que "el concepto de historia como proceso dialéctico con un comienzo, una etapa intermedia y un final, Marx lo tomó prestado a su vez de su gran predecesor alemán, George Wilhelm Friedrich Hegel".

"Gran parte del historicismo de Hegel se ha integrado a nuestro bagaje intelectual contemporáneo, y la idea de que la humanidad ha avanzado a través de etapas primitivas de conciencia y organización social –tribales, esclavistas, teocráticas y finalmente las sociedades igualitarias democráticas–, ha pasado a ser inseparable de la mentalidad moderna del hombre", siendo Hegel el primer filósofo que utilizó el lenguaje de la ciencia social moderna en tanto creía que el hombre era producto de su entorno histórico y social concreto, explicó Fukuyama.

Así, "el dominio y la transformación del entorno natural del hombre mediante la aplicación de la ciencia y la tecnología no fue originalmente un concepto marxista, sino hegeliano" donde Hegel pensaba que "la historia culminaba en un momento absoluto en que triunfaba la forma definitiva, racional, de la sociedad y del Estado".

Para afianzar su teoría, Fukuyama citó al sociólogo alemán Max Weber y su libro *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*, que destaca las diferencias en el ámbito económico entre las comunidades católicas y protestantes en Europa y en América, y que resume en el proverbio: "los protestantes comen bien y los católicos duermen bien". Según Weber, el hombre es un maximizador racional de utilidades y, contrariamente a lo que Marx sostuvo, el modo de producción material está enraizado en la religión y la cultura. Por ello, señala a su vez Fukuyama, para entender el surgimiento del capitalismo moderno y el incentivo de la utilidad se deben estudiar sus antecedentes en el ámbito del espíritu.

"Mercados libres y sistemas políticos estables son precondición para el crecimiento económico capitalista, pero la herencia cultural de sociedades

como las del Lejano Oriente: la ética del trabajo, el ahorro y la familia; una herencia religiosa que no restringe, como lo hace el Islam, ciertas formas de conducta económica y otras cualidades morales profundamente arraigadas, son igualmente importantes en la explicación de su desempeño económico", asegura Fukuyama.

"No obstante –añade– el peso del materialismo es tal que no existe una teoría respetable de desarrollo económico que aborde seriamente la conciencia y la cultura como la matriz dentro de la cual se forma la conducta económica. Esa incapacidad de entender que las raíces del comportamiento económico están en el ámbito de la conciencia y de la cultura conduce al error común de atribuir causas materiales a fenómenos que son esencialmente de naturaleza ideal", como podrían ser los movimientos reformistas en la URSS y en China.

Fascismo y Comunismo

En cuanto a eventuales "contradicciones" fundamentales en la vida humana que, no pudiendo resolverse en el contexto del liberalismo moderno, encontrarían solución en una estructura sociopolítica alternativa, Fukuyama enfatiza que en el Siglo XX solo hubo dos retos reales para el liberalismo: el fascismo y el comunismo. "El primero percibió la debilidad política, el materialismo y la falta de sentido de comunidad de Occidente como contradicciones fundamentales de las sociedades liberales, que solo podrían resolverse con un Estado fuerte que forjaría un nuevo ´pueblo´ sobre la base del exclusivismo nacional". Y si bien el fascismo como ideología viviente fue borrado por la II Guerra Mundial, "lo que lo destruyó como idea no fue la repulsa moral universal, sino su falta de éxito".

Pero el desafío ideológico montado por el marxismo fue mucho más serio, dice Fukuyama. "Marx, hablando en el lenguaje de Hegel, afirmó que la sociedad liberal contenía una contradicción fundamental que no podía resolverse dentro de su contexto. Así, la contradicción entre capital y trabajo ha constituido desde entonces la principal acusación contra el liberalismo".

"Y dado que el problema de clases ha sido resuelto con relativo éxito en el mundo occidental más desarrollado, se puede decir que el comunismo es hoy menos atractivo que en cualquier otro momento desde el fin de la I Guerra Mundial, lo que se aprecia en el éxito conservador en Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania y Japón, países abiertamente antiestatistas y pro mercado, y en un clima intelectual donde los más ´avanzados´ ya no creen que la sociedad burguesa deba finalmente superarse".

Especial atención pone también en países asiáticos de alto desarrollo como Japón, Taiwán y Corea del Sur, que siguieron a EE.UU. al crear una cultura de consumo que es tanto un símbolo como la base de soporte del Estado homogéneo universal.

¿Y China comunista...?

"La fuerza de la idea liberal parecería mucho menos impresionante si no hubiese contagiado a la más extensa y antigua cultura en Asia: China", apunta Fukuyama. Su mera existencia creaba un polo alternativo de atracción ideológica y, como tal, era una amenaza al liberalismo, pero en los últimos años el marxismo-leninismo se ha desacreditado allí casi por completo como sistema económico.

"De ningún modo podría decirse que China es ahora una democracia liberal. No más de 20% de su economía es de mercado y, más importante aún, sigue siendo gobernada por un partido comunista autodesignado que no da señales de querer ceder el poder. Pero ya no es un faro para fuerzas antiliberales del mundo, se trate de guerrilleros en alguna selva asiática o de estudiantes de clase media de París".

Acerca de las religiones, acepta que el liberalismo moderno es consecuencia histórica de la debilidad de sociedades de base religiosa "que no pudieron llegar a acuerdo sobre la naturaleza de

la buena vida y fueron incapaces de proveer las mínimas precondiciones de paz y estabilidad". Y agrega que "en el mundo actual solo el Islam ha presentado un Estado teocrático como alternativa política tanto al liberalismo como al comunismo, pero esa doctrina es poco atractiva para los no musulmanes, por lo que sería difícil imaginar que adquiera significación universal".

La otra contradicción potencialmente insoluble la plantean el nacionalismo y otras formas de conciencia racial y étnica. "Pero no está claro que representen una contradicción irreconciliable en el corazón del liberalismo. […] Gran parte de los movimientos nacionalistas no tienen una proposición política más allá del anhelo de independizarse de algún otro grupo, pueblo o raza, y no ofrecen nada que se asemeje a un programa detallado de organización socioeconómica".

El fin de la historia no tiene fin

Las teorías de Fukuyama despertaron no poca polémica. Sus detractores han definido su ensayo como "Manifiesto del Liberalismo de fin de siglo", o "expresión de la venganza del Liberalismo contra el Marxismo".

Uno de los más conocidos es el filósofo esloveno Slavoj Zizek (n. 1949, Liubliana), que se define como un marxista-lacaniano. De partida, advierte que "es fácil burlarse de la idea de Fukuyama, pero en la actualidad el ethos dominante es *fukuyamiano:* se acepta que el capitalismo democrático-liberal constituye, a fin de cuentas, la mejor fórmula posible hallada para la sociedad y que lo único que cabe hacer es volver esta sociedad más justa y tolerante".

Otro crítico de la teoría del fin de la historia es el filósofo japonés Takeshi Umehara (n. 1925, Miyagi – f. 2019, Kioto), quien señaló que "el fracaso total del marxismo y el terrible derrumbamiento de la URSS solo son los antecedentes del colapso del liberalismo occidental, la principal corriente de la modernidad. Lejos de constituir una alternativa real al marxismo y la ideología dominante en el fin de la historia, el liberalismo será la próxima pieza de dominó en caer", anuncia.

Poshumanismo

Una década después, Fukuyama matizó sus primeras conclusiones acogiendo parte de las reflexiones de sus detractores. En "Pensando sobre el Fin de la Historia diez años después" (1999), sostiene que la tecnología es la fuerza que conseguirá acabar con la historia humana como la entendemos hoy. En la Revolución Tecnológica ve la auténtica oportunidad para saltar de una vez por todas sobre la idea de la Historia como lucha por la supervivencia humana.

Reconoce, por tanto, un defecto fundamental en el argumento que utilizó para demostrar que la historia es direccional, progresiva y que culmina en el moderno Estado liberal: "solo uno de los cientos de analistas que discutieron mi teoría ha comprendido su verdadera debilidad: la historia no puede terminar, puesto que las ciencias de la naturaleza no tienen fin y estamos a punto de alcanzar nuevos logros científicos que, en esencia, abolirán la humanidad como tal".

"Hoy existen al menos dos razones importantes para el progreso indefinido de la mundialización. Primero, no hay una alternativa de modelo de desarrollo viable que prometa mejores resultados. Y segundo, la mundialización está respaldada por la revolución en la tecnología de la información, cuyos cambios dan autonomía a las personas y son altamente democratizadores en muchos niveles, al tiempo que ningún país puede desconectarse de los medios de comunicación mundiales o de las fuentes de comunicación exteriores".

"Aquellos que creyeron encontrar el principal punto flaco de la teoría del final de la historia en los acontecimientos políticos y económicos de los últimos diez años, hacen leña de un árbol equivocado. El principal defecto de ´El final de la historia´ está en que la ciencia no puede tener fin, pues rige el proceso histórico, y estamos en la cúspide de una nueva explosión de innovaciones tecnológicas en las ciencias de la vida y en la biotecnología".

"El carácter abierto de las ciencias naturales indica que la biotecnología aportará en las dos generaciones próximas las herramientas que nos permitan alcanzar lo que no consiguieron los ingenieros sociales del pasado. En ese punto habremos concluido definitivamente la historia humana, porque habremos abolido a los seres humanos como tales. Y comenzará una nueva historia, la del Poshumanismo".

¿Y Vladimir Putin...?

Los actuales acontecimientos de Europa del Este, que tienen conmocionado al mundo por la violencia de la agresión rusa a Ucrania, pueden ser analizados de distintas maneras, pero todos retrotraen de alguna manera a lo que perdió Rusia con la caída de la URSS y con el término de la Guerra Fría.

Para Occidente, el origen de la confrontación está en el intento ucraniano de romper definitivamente con una histórica hegemonía de Rusia y acercarse a la Europa Central de la cual considera formar parte. Ante ello, la respuesta militar rusa buscaría someter nuevamente al país que, en tales circunstancias, abriría una puerta demasiado cercana para los misiles de la OTAN hacia su territorio.

Para Rusia, en cambio, el ataque a Ucrania formaría parte de una suerte de reconciliación con su historia. Si bien la Rusia zarista fue construida y actuó como un imperio, fue la Rusia comunista la que logró una enorme zona de contención respecto de Occidente. Esa zona la conformaron los países europeos que luego de la II Guerra Mundial quedaron tras la Cortina de Hierro donde suscribieron el Pacto de Varsovia, alianza que desapareció junto con la Guerra Fría.

Egon Krenz, que en octubre de 1989 sucedió a Erich Honecker al mando de la exRDA, recuerda en sus memorias que en noviembre de 1989, Mijail Gorbachov le envió un mensaje en que le decía que pensaba declarar el final de la Guerra Fría. Y eso lo hizo realidad en una reunión con el Presidente de Estados Unidos, George Bush, a lo que este respondió: "Sí, la Guerra Fría terminó, y nosotros la ganamos". Esa declaración de Gorbachov y la respuesta de Bush fueron para los rusos una enorme humillación nacional.

El final de la Guerra Fría se convirtió en una derrota para los rusos, que de repente se sintieron perdidos y arrojados al margen de la historia. Es la memoria de esa humillación y los recuerdos del pasado poder ruso y soviético la que Vladimir Putin ha utilizado y seguirá empleando para sostener sus aspiraciones políticas de permanencia personal en el poder.

Bibliografía

Fukuyama, Francis - "¿El fin de la historia?", artículo en la revista *The National Interest,* EE.UU. - Verano de 1988.

Fukuyama, Francis - *El fin de la historia y el último hombre*. Free Press, 1992.

Fukuyama, Francis – "Pensando sobre el Fin de la Historia diez años después". En "El País", España – 1999.

García Hernández, Fernando – "Dos ejemplos de post-modernidad tecnológica: Eduardo Punset y Francis Fukuyama" - Nómadas. 2 Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas – Julio-Diciembre de 2000

Dossier "¿Podemos cambiar el mundo?" - Revista "Filosofía Hoy" N° 17

Murphy, Talullah - "Fukuyama está donde estaba" - Revista "Filosofía Hoy" N° 34

BBC News Mundo – "Rusia y Ucrania: cómo la ´humillación´ rusa por la desintegración de la URSS ayuda a explicar las ambiciones expansionistas de Putin". Publicado el 06.03.2122